



*En el corazón
del Evangelio*

CON el Beato Pier Giorgio



El joven de las ocho bienaventuranzas

Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.

Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.

Regocíjense y alégrense, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.

Mateo 5:3-12

INTRODUCCIÓN Y COMENTARIOS DE LAS BIENAVENTURANZAS

de Mons. Mansueto Bianchi

Asesor eclesiástico del Fiac,

Asesor eclesiástico general de la Acción Católica Italiana, biblista

Roma, julio 2016





A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...]

a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...]

a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...]

a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...]

a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...]

a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).

Papa Francisco para la JMJ Cracovia 2016

Las Bienaventuranzas

S Estamos en el corazón del Evangelio. Si debiéramos sintetizar el mensaje de Jesús, el centro de todo el mensaje cristiano, en pocas frases o en un ramillete de palabras, podríamos pronunciar las bienaventuranzas. En su totalidad, el cristianismo es la irradiación de este centro, la explosión de este “núcleo”.

Quiero intentar, no digo recorrerlo, sino al menos circunscribirlo, introducirlo, planteándome cuatro preguntas.

¿Para quién son las bienaventuranzas?

El pasaje del Evangelio según san Mateo se abre diciendo que “al ver a la multitud, Jesús...” (5, 1), ya que el capítulo anterior había concluido con esta anotación: “grandes multitudes comenzaron a seguir a Jesús desde Galilea, desde la Decápolis, desde Jerusalén, desde Judea y desde más allá del Jordán” (4, 25).

Se trata de una geografía amplia, que supera el estrecho recinto étnico-religioso de Israel y se dirige a ciudades y pueblos provenientes del paganismo. Visto a trasluz, es en realidad la amplia geografía humana que san Mateo reúne en torno a Jesús, para recibir el don y el desafío de las Bienaventuranzas.

En consecuencia, las Bienaventuranzas no son una propuesta selectiva, para pocos héroes, sino que son una llamada para toda la Iglesia, para todo cristiano. Miran y hablan a gente pobre como somos nosotros, a un tejido de vida que no se limita a la seda fina de los santos sino también a la aspereza del fardo como el mío. Ahora también nosotros estamos en el Monte de las Bienaventuranzas, y esas palabras son depositadas en nuestras manos y en nuestro corazón, para que podamos asumirlas y proponerlas a la gente, a las personas así como son.

¡Tienen los pies sobre el camino y el cielo en el corazón!

¿Pero dónde aprendió Jesús las bienaventuranzas?

Ciertamente, ellas recogen muchas páginas de la primera alianza, sobre todo del mensaje profético y de la experiencia espiritual de Israel. Pero no son el resultado de aportes, no son una suma de agregados: las bienaventuranzas vienen de “más allá”, son “algo más”.

¡Jesús las ha escuchado en el corazón de la Trinidad, las ha leído en el corazón de Dios!

Ellas nos dicen que Dios es pobre, es manso, es misericordioso, es puro, es pacificador, carga con la pena de nuestro sufrimiento.

Antes de decirnos qué debemos hacer, cómo debemos ser, las bienaventuranzas nos hablan de Dios, nos dicen quién es Él y cómo es: son la exégesis del corazón de Dios.

Si así es el Padre, entonces así debemos ser los hijos: Jesús, el Hijo -por eso la primera persona bienaventurada, las bienaventuranzas hechas vida-, y nosotros, hijos a su imagen, hijos en el Hijo, estamos llamados a convertirnos en personas bienaventuradas, fragmentos de bienaventuranzas, semillas de alegría que caminan en el mundo, que atraviesan los calendarios. ¡Estamos llamados a ser como llamas: un destello de llamas en la noche!

¿Qué dicen las bienaventuranzas?

Ellas se articulan en tres tiempos: presente, futuro y pasado.

El presente mira a la cara a las personas que sufren, que se cansan, que gimen, que están consternadas: son los crucificados de la historia y de la vida. Son los miles de rostros del dolor. De quienes instintivamente nos refugiamos y nos defendemos.

El futuro es la promesa, el compromiso que Dios asume personalmente con ellos: Él revertirá su situación, secará cada una de sus lágrimas, hará florecer sus desiertos, es decir, danzará la vida que ahora gime.

Es el Reino, el don del Reino que está presente ya ahora, sembrado dentro de su cansancio y de su gemido, como un grano de trigo en los surcos, en las heridas que marcan la tierra. Por eso la mejor forma posible de la felicidad, de la plenitud de la vida, no está en el horizonte de las calles que son transitadas por la astucia, por el poder, por la idolatría de las “cosas”, sino en

el camino que es transitado por la Cruz, es decir, por el amar, por el donarse, por el servir, elegida como lógica de vida. La lógica de Jesús.

Respecto al pasado, la garantía y el fundamento, la motivación de este vuelco de situación está en el pasado, en lo que ha acontecido en nuestra historia de hombres y que ha cambiado el código, ha mutado la clave musical de la partitura. Es la persona de Jesús, su Pascua de muerte y de Resurrección. Él es la presencia del Reino entre nosotros que avanza hacia su consumación, Él es la confiabilidad del Evangelio como recorrido de vida.

Ese día, su Pascua, es la profecía del último día hacia el que caminamos, es la luz tácita pero tenaz, presente dentro de cada uno de nuestros días, también en el más cansador y gris.

¿Cómo se hace para anunciar las bienaventuranzas?

La respuesta es breve y grande: convirtiéndonos nosotros mismos en personas bienaventuradas. Nosotros, es decir, personas, familias, parroquias, asociaciones de Acción Católica, la Iglesia. Esto significa sentir y vivir la persona de Jesús y su Evangelio como preciosidad y tesoro de nuestra vida, el don más grande que hemos encontrado.

Pero significa también ponerse junto a los pobres (materiales y espirituales) y junto a quien sufre, mediante relaciones de fraternidad, de cercanía, con el corazón y con las obras, usando así con los otros esa misericordia que Dios no se cansa de usar con nosotros.

Es necesario pasar del papel a la vida, de las bienaventuranzas como discurso a las bienaventuranzas como recorrido.

De este modo las bienaventuranzas son una puerta o un umbral que atravesamos para ingresar en Dios. Es la Fe la puerta que atravesamos en la salida hacia los hermanos, y es el Amor.

1 BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Esta primera bienaventuranza tiene un aroma y una amplitud que parecer abarcar a todas las demás: es casi un “título”, como si las posteriores especificaran y profundizaran la expresión “pobres de espíritu” que caracteriza a la primera.

Así, en esta primera bienaventuranza, al igual que en la última, aparece la expresión “Reino de los Cielos”. Ésta constituye, bajo un perfil literario y temático, una “inclusión”. Sirve para subrayar la fuerte unidad del pasaje: debe ser leído y comprendido en su conjunto, como si cada bienaventuranza proporcionara la pieza de un rompecabezas que sólo en su totalidad revela el corazón de Dios, la arrolladora novedad del Evangelio. Pero significa también que las conclusiones de las otras Bienaventuranzas, incluidas estas dos, focalizan y ponen en evidencia aspectos y dimensiones del Reino, es decir, son como los colores del iris en un único arco iris.

¿Quiénes son estos “pobres de espíritu” a los que Jesús proclama bienaventurados?

Podríamos traducir simplemente así la expresión: “bienaventurados los que son pobres delante de Dios”. No se trata ni de un puro criterio económico ni de una actitud espiritual exclusiva.

La pobreza de espíritu, el ser pobres delante de Dios, consiste en estar frente al Señor como un pobre, como alguien que no tiene riquezas o seguridades de las cuales jactarse o en las cuales confiar. Sin el Señor no tendría vida, porque Él es su vida.

Los pobres de espíritu son los que sienten y viven a Jesús como el don más precioso, la riqueza más grande su vida. ¡Su corazón es un cofre, pero contiene el Evangelio, contiene al Señor!

Esto cambia profundamente la relación con las personas y la relación con las cosas. Si en el centro de la vida está el don recibido, es decir, la gratuidad y el asombro del ser amados, entonces esto se convierte en “bienaventurado”, se es feliz por ser feliz, por dar alegría a los otros con el propio don, con el don de la propia vida: como acogimiento y como servicio. Ellos son

“bienaventurados” porque hacen consistir su ser felices no en lo que poseen, sino en lo que dan, en lo que reciben como don y lo multiplican transmitiéndolo a los otros. Y dado que han recibido como un don el Evangelio, el Reino, la persona de Jesús, ésta es su alegría, y transmiten a los otros esa alegría

Pero esta “pobreza de espíritu” cambia también la relación con las cosas, con los bienes de la vida; con cuanto tenemos, poseemos y usamos. La persona de Jesús, recibida y vivida como la riqueza más grande, redimensiona y relativiza los otros bienes, sobre todo nos libera de la codicia, de esa ansia de posesión, de esa sed de tener y de usar que constituye el gran ídolo de nuestro corazón, de nuestra civilización occidental, pero que también es la gran ruina de la relación entre los pueblos y los países, y de la relación con los recursos del planeta.

¡En el centro está el don, no la posesión; el amar, no el tener!

Pero ser “pobres de espíritu” nos pone también en condiciones de “ver” a los pobres: ¡los efectivamente pobres, los pobres sin otro aditamento, que son un número creciente en nuestras ciudades y en nuestro país, son una enormidad trágica en el mundo!

Nos pone en condiciones de mirarlos con los ojos del corazón, con esa mirada de simpatía, de atención y de proximidad con la que Jesús los ha mirado y buscado, y los ha amado haciéndose uno de ellos: “los zorros tienen una guarida y los pájaros su nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar su cabeza”. Mirar a los pobres con los ojos de quien es “pobre de espíritu, pobre delante de Dios” quiere decir activar la cabeza y las manos: para comprender, para actuar, para resolver. Quiere decir también elevar la voz, infundir aliento a la conciencia, para que nuestras ciudades sean más humanas y nuestras comunidades cristianas estén más atentas a las personas, más enamoradas de los pobres, precisamente porque creen en un “Señor-pobre”: esta Bienaventuranza, las Bienaventuranzas, abren para nosotros, para la Iglesia, la senda incómoda y bella de la profecía.

En conclusión: no es la pobreza la que nos hace bienaventurados, es la bienaventuranza la que nos hace pobres en el corazón, en las relaciones, en las cosas. Es el Señor, el encuentro con la persona de Jesús, el Evangelio en el corazón lo que nos hace felices y sembradores de felicidad.



con el Beato Pier Giorgio

“Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiera” (1 P 3,15).

En nuestro siglo, Pier Giorgio Frassati, al que hoy tengo el gozo de proclamar beato en nombre de la Iglesia, encarnó en su propia vida estas palabras de San Pedro. El poder del Espíritu de Verdad, unido a Cristo, lo hizo moderno testigo de la esperanza que surge del Evangelio, y de la gracia de salvación que obra en el corazón del hombre. Así se convirtió en el testigo vivo y el defensor valiente de esta esperanza en nombre de los jóvenes cristianos del siglo veinte.

La fe y la caridad, verdaderas fuerzas motrices de su vida, lo hicieron activo trabajador en el ambiente en que vivió, en la familia y en la escuela, en la universidad y en la sociedad; lo transformaron en alegre y entusiasta apóstol de Cristo, en apasionado seguidor de su mensaje y su caridad.

El secreto de su celo apostólico y de su santidad hay que buscarlo en el itinerario ascético y espiritual que recorrió; en la oración, en la perseverante adoración, incluso nocturna, del Santísimo Sacramento, en su sed de la palabra de Dios, escrutada en los textos bíblicos; en la serena aceptación de las dificultades de la vida, incluida la familiar, en la castidad vivida como disciplina alegre y sin compromisos; en la predilección diaria del silencio y la “normalidad de la vida”.

Homilía de SS Juan Pablo II en la solemne misa de beatificación del siervo de dios Pier Giorgio Frassati -20 de mayo de 1990

2

BEATI BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE SERÁN CONSOLADOS

La expresión remite al profeta Isaías (61, 1-6), quien hace referencia al llanto sobre Jerusalén, la ciudad de Dios, reducida a escombros y abandonada en extrema desolación.

¿Quiénes son los que lloran, aquí proclamados “bienaventurados”? ¿De qué llanto se trata?

La referencia al texto de Isaías dice que Jesús intenta referirse primeramente a los que, a causa de Su persona y del Evangelio, afrontan vicisitudes cargadas de sufrimiento y cansancio.

Es un sufrimiento evangelizador y misionero. Son los que experimentan en su propia piel cuánto cansancio produce el esfuerzo de hacer que el Reino de Dios sea recibido en el corazón de las personas; en qué medida las vicisitudes de la vida y de la historia divergen de él y, a veces, entran en una abierta actitud de rechazo y de agresión contra el Evangelio y los discípulos de Jesús.

¿Cómo no pensar en el siglo XX, que hace muy poco hemos dejado a las espaldas? El siglo más cruento y más signado por persecuciones que la historia haya conocido jamás.

¿Cómo no pensar en este siglo XXI que ha comenzado en un mar de sangre, con cristianos y minorías religiosas masacrados, cazados y perseguidos sin piedad?

¿Cómo no pensar en el “dolor de Dios”, en el “llanto de Dios” porque su persona se ha convertido en pretexto para el odio, para oprimir, para matanzas entre sus hijos?

El “llanto” del que habla la Bienaventuranza es, también, el sufrimiento frente a las muertes, a las miserias, a las injusticias: frente a los gemidos de los pobres que no se pueden defender y no tienen posibilidad de escapar, mientras civilizaciones enteras ríen o se distraen sumergidos en la opulencia o en el derroche.

El “llanto” es, por último, mucho dolor (escondido muchas veces, evidenciado a veces) que hay dentro de las personas a causa de los sufrimientos, las

muerter, los abandonos, las soledades... Es la geografía inconmensurable del dolor humano que está en el horizonte de esta segunda Bienaventuranza.

Este “llanto” supone una cercanía, un involucramiento de vida, una participación de pasión y de afecto. El llanto por el rechazo del Evangelio, por la dureza de corazón, por la violencia homicida, por los infinitos rostros del dolor humano, dice que el discípulo de Jesús no es ciudadano de la ciudad de la indiferencia, de la superficialidad, del desprecio; no es ciudadano de esa Babilonia en la que no hay llanto ni compasión por el dolor de los pobres (cfr. Ap 18, 7). El cristiano es una presencia sólida de humanidad, de compasión, de cercanía, de ayuda concreta.

No somos los preservados del llanto, los liberados del dolor por privilegio o por anestesia, sufrimos como todos y con todos, pero en nuestro interior tenemos los motivos para consolarnos, para fortalecernos y para luchar, dotados de una esperanza que es el don más grande que Dios nos hace a nosotros, y nosotros a los otros cuando lloran y cuando lloramos.

Es lo que nos dice la parte final de la Bienaventuranza: “porque serán consolados”. En el lenguaje semítico, esa forma impersonal del verbo significa “porque Dios mismo los consolará”. ¡No se trata ciertamente de vanas palabras consoladoras ni de palmaditas sobre las espaldas!

Dios nos ha consolado en la persona de Jesús, recorriendo hasta el fondo la experiencia del dolor y de las lágrimas humanas. Ha hecho suyo nuestro padecer, nuestro morir, sufrió injusticias y opresión violenta, no porque una víctima más modificara el fiel de la balanza en la historia humana, sino para abatir el muro de la desesperación y del desánimo, para dar un significado, un valor o una fecundidad al llanto de los individuos y de los pueblos, de los santos y de los pecadores, para ensanchar el horizonte de la esperanza de cada uno.

De esto se derivan cuatro conclusiones: atravesar las inevitables regiones del dolor y del cansancio como los “consolados” (no ciertamente como los preservados): “a fin de que no sean como los otros que no tienen esperanza”, escribía san Pablo a la comunidad cristiana de Tesalónica. Por lo tanto, somos personas que tienen dentro suyo el “hilo de Ariadna” para no perderse ni perecer en el laberinto del dolor. ¡Ese hilo de Ariadna es la Cruz del Señor!

Tener pasión por el Reino, por el Evangelio, sin ahorrarse cansancio ni esfuerzo para vivirlo y para darlo a las personas y a la ciudad.

Ser una fuerza de consuelo, de sostén, los unos por los otros, sobre todo para quien está más probado y solo.

Mirar a la meta, al encuentro con la persona de Jesús, quien es nuestra esperanza, la fuerza, la consolación para siempre. “Él secará toda lágrima de sus ojos y no habrá más luto, ni lamento ni llantos, porque las cosas de antes han pasado” (Ap 21, 3-5).



con el Beato Pier Giorgio

Es cierto que, para una mirada superficial, el estilo de Pier Giorgio Frassati, un joven moderno lleno de vida, no presenta gran cosa de extraordinario. Pero, precisamente esto constituye la originalidad de su virtud que invita a reflexionar y lleva a imitar.

En él la fe y los sucesos cotidianos se funden armónicamente hasta el punto que la adhesión al Evangelio se traduce en atención amorosa a los pobres y a los necesitados, creciendo continuamente hasta los últimos días de la enfermedad que lo llevará a la muerte. El gusto por la belleza y el arte, la pasión por el deporte y por la montaña, la atención a los problemas de la sociedad no le impiden la relación constante con el Absoluto.

¡Totalmente inmerso en el misterio de Dios y totalmente dedicado al constante servicio al prójimo: así podemos resumir su vida terrena!

Su vocación de laico cristiano se realizaba en múltiples compromisos asociativos y políticos, en una sociedad en fermento indiferente y tal vez hostil a la Iglesia. Con este espíritu Pier Giorgio supo impulsar los diversos movimientos católicos, a los que adhirió con entusiasmo, pero sobre todo a la Acción Católica, además de la FUCI, en la que encontró una verdadera palestra de formación cristiana y campos propicios para el apostolado. En la Acción Católica vivió la vocación cristiana con alegría y orgullo, y se afanó por amar a Jesús y descubrir en Él a los hermanos que encontraba en el camino o que buscaba en los lugares del sufrimiento, de la marginación, del abandono, para hacerles sentir el calor de su solidaridad humana y el consuelo sobrenatural de la fe en Cristo.

Murió joven, al final de una vida breve, pero extraordinaria de frutos espirituales, dirigiéndose “a la verdadera patria a cantar alabanzas a Dios”.

Homilía de SS Juan Pablo II en la solemne misa de beatificación del siervo de dios Pier Giorgio Frassati -20 de mayo de 1990

3 BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE TENDRÁN EN HERENCIA LA TIERRA

¿Quiénes son los “mansos”? El término nos remite al Salmo 36 (37), en el que se traza detalladamente la figura y el comportamiento del manso. Es de este Salmo (v. 11) que Jesús retoma, casi literalmente, la tercera Bienaventuranza. En el mismo Evangelio según san Mateo, el término “manso” regresa sólo tres veces y, en las otras dos (11, 29 y 21, 5) está referido a la persona de Jesús: la mansedumbre es entonces característica del ser y del obrar de Cristo, Él que es “manso y humilde de corazón”. A partir de Él la mansedumbre se derrama, impregna y llena los pensamientos, los sentimientos, los juicios y las acciones del discípulo y del cristiano. Es como si cada creyente del Evangelio fuese llamado a caminar en la senda de la mansedumbre, y a avanzar fatigosa pero tenazmente en esa dirección.

El manso es el que, como Jesús, hace emerger en su propia vida el rostro de Dios: un rostro bueno, sereno, intensamente próximo, que no se deja vencer ni despegar de nuestras maldades, de nuestras indiferencias y traiciones. El rostro del manso traduce la mano extendida de Dios, Su corazón abierto, los abrazos extendidos que no se retraen frente a ningún rechazo, a ninguna ofensa y a ninguna inmundicia.

Los mansos son las “almas bellas” que vuelan, como palomas, sobre el diluvio de los conflictos, de las violencias y de las prepotencias humanas. El manso, discípulo del Evangelio, no es alguien que se ha retraído de la historia sino alguien que se ha “zambullido” en ella, es un inmerso en la vida, así como es, como todos. Pero es Él el verdadero valiente porque sabe estar en el sufrimiento y en la violencia, sin ceder y sin uniformarse.

Él es el verdaderamente fuerte porque no contrapone la fuerza contra la fuerza, sino que prefiere sufrir-la antes que infligirla. No busca su victoria sobre los otros, sino que busca la lenta, contrastada e inermis victoria del bien: cree hasta el fondo en el amor, no como un poeta sino como un profeta, no como un soñador sino como un testigo.

¡Por esto la ropa de los mansos se tiñe con frecuencia de rojo! Pero su sufrimiento, su apariencia humanamente derrotada y abrumada es lo que

hace crecer el Reino de Dios, como la Cruz de Jesús; difunde el Evangelio en el mundo porque su camino de vida es como una arteria que riega el Evangelio en el cuerpo de la humanidad.

La mansedumbre es también un modo de estar dentro de la comunidad, de vivir la Iglesia: es el estilo que mantiene la unidad, no se deja abrumar por actitudes facciosas y pasiones partidistas, pone la co-munión entre los hermanos, es decir, la caridad, en el vértice, como valor supremo a construir y a servir. Todo esto sin renunciar a la verdad, a la profecía, a la corrección fraterna, a la franqueza y lealtad de las relaciones.

Es cierto que es muy difícil, pero es también estupendamente posible si en el corazón del discípulo, del cristiano, se vierte y vive la mansedumbre de Jesús, de Su palabra, de Su espíritu.

El don prometido es que los mansos “tendrán en herencia la tierra”. Es interesante el verbo, el cual no indica una conquista sino un don, el que el Padre hace al hijo cuando buscaba y deseaba vivir como hermano.

La “tierra” de la que se habla era originalmente (cfr. Salmo 36 (37)) la tierra de Palestina, prometida al pueblo de Israel; ella sufre luego una transfiguración, se convierte en una “tierra” simbólica: es la tierra del Reino de Dios, es decir, una vida compartida con Dios y con los hermanos, en la que se es “tierra” o “patria” los unos para los otros, porque se convierte en motivo de alegría, de paz, ise convierte en “cielo” el uno para el otro!

Es el fatigoso “cielo” de aquí abajo a la espera del de allí arriba.



con el Beato Pier Giorgio

La celebración de hoy nos invita a todos a acoger el mensaje que Pier Giorgio Frassati transmitió a los hombres de nuestro tiempo, sobre todo a vosotros, jóvenes, deseosos de ofrecer una contribución concreta de renovación espiritual al mundo nuestro, que tal vez parece alejarse y languidecer por falta de ideales. Él proclama, con su ejemplo, que es “dichosa” la vida llevada en el Espíritu de Cristo, Espíritu de las Bienaventuranzas, y que sólo el que se hace “hombre de las Bienaventuranzas” consigue comunicar a los hermanos el amor y la paz. Él afirma que vale la pena sacrificarlo todo por servir al Señor. Da testimonio de que la santidad es posible para todos y que sólo la revolución de la caridad puede encender en el corazón de los hombres la esperanza de un futuro mejor.

Sí, “grandes son las obras del Señor... aclamad al Señor tierra entera” (Sal 66, 1-3).

Los versículos del salmo, que resuenan en la liturgia de este domingo, son como un eco vivo del alma del joven Frassati. ¡Pues sabemos lo mucho que amó el mundo creado por Dios!

“Venid a ver las obras de Dios” (Sal 65/66, 5): también es esta una invitación que se recoge de su joven alma y se dirige de modo particular a los jóvenes. “Sus admirables proezas en favor de los hombres” (ib).

¡Admirables proezas en favor de los hombres! Es necesario que los ojos humanos, -ojos jóvenes, ojos sensibles- sepan admirar las proezas de Dios, en el mundo externo y visible. Es necesario que los ojos del alma sepan dirigirse de este mundo externo y visible al interior e invisible: y así puedan desvelar al hombre esas dimensiones del espíritu en las que se refleja la luz del Verbo que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9).

En esa Luz obra el Espíritu de verdad.

Homilía de SS Juan Pablo II en la solemne misa de beatificación del siervo de dios Pier Giorgio Frassati -20 de mayo de 1990

4

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE SERÁN SACIADOS

Hay un término clave, casi una puerta de acceso que debemos cruzar para entender adecuadamente la cuarta Bienaventuranza: “justicia”. Este término es de particular importancia en el Discurso de la Montaña, porque Jesús hace una diferencia fundamental que distancia al discípulo de los fariseos, y que además es una condición básica para entrar en el Reino: “en efecto, les digo que si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos” (Mt 5, 20), y también “busquen ante todo el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará en añadidura” (Mt 6, 33).

¿Pero de qué “justicia” se trata?

Instintivamente, nuestro pensamiento se dirigiría hacia una comprensión jurídica, de relaciones económicas, de relaciones sociales. La expresión de Jesús no excluye ciertamente estas dimensiones, pero en cierto sentido va todavía más alto y más a fondo. La “justicia” de la que se habla es el reconocimiento, la recepción, la realización del proyecto de Dios, de Su voluntad densa de amor y de cercanía, respecto a las personas y a su vida. No es entonces una voluntad individual, fría, con el rostro enigmático de un destino, mucho menos una voluntad hostil, punitiva o agresiva.

La “justicia” es acoger, servir, promover, en las vicisitudes de las personas y del mundo, ese proyecto cargado de amor, ese deseo y esa pasión sin medida con la que el Padre ama a cada uno como hijo, lo llama a la plenitud de la felicidad y de la alegría, lo dona a los otros, a la Iglesia y al mundo como un hermano, único y precioso.

La “justicia” es esa voluntad de salvación para cada hombre, herido, lejano, consternado, que ha im-pulsado a Jesús a abrazar la cruz, para que no permaneciéramos más vencidos y desesperados sobre nuestras cruces, las que la vida nos da y las que nos fabricamos los unos para los otros.

Tener hambre y sed de justicia significa entonces buscar esta “justicia” de Dios con todas nuestras fuerzas; significa querer Su amor, Su proyecto para nosotros, con la misma intensidad y determinación con la que se quiere la

vida; dándonos cuenta que sin esta “justicia” la vida misma permanece opaca, gélida, aplastada bajo un cielo de bronce, más semejante y próximo a la muerte misma.

Tener hambre y sed de justicia significa fundar toda lucha y todo esfuerzo por la promoción y la dignidad humana sobre su fundamento más sólido, sobre la roca segura que es la roca de la voluntad y del proyecto de Dios. Tienes “hambre y sed de justicia” y sabes que Dios lucha contigo, se cansa contigo, sufre pasiones contigo para que cada uno de los hombres pueda tener la alegría de ser, de vivir, la dignidad de tener un nombre y un significado, un valor. La “justicia” de Dios enciende la pasión por el hombre, te confía la historia así como, más concretamente, pone en tus manos esta jornada.

Te toca a ti, con tus compañeros de viaje, con tus hermanos, comenzar a silabear una respuesta en el fragmento de cada día, en las migas de tu vida. Desde adentro el Señor la hace Su respuesta, la acoge, la sostiene, le abre un futuro, hasta que un día Él mismo la llevará a su consumación, dándonos en plenitud ese Reino que con Jesús ha comenzado a caminar por nuestros caminos.



con el Beato Pier Giorgio

«¿Qué haré para heredar la vida eterna?». Esta pregunta del joven del Evangelio parece lejana de las preocupaciones de muchos jóvenes contemporáneos, porque, como observaba mi Predecesor, «¿no somos nosotros la generación a la que el mundo y el progreso temporal llenan completamente el horizonte de la existencia?» (Carta a los jóvenes, n. 5). Pero la pregunta sobre la «vida eterna» aparece en momentos particularmente dolorosos de la existencia, cuando sufrimos la pérdida de una persona cercana o cuando vivimos la experiencia del fracaso.

Pero, ¿qué es la «vida eterna» de la que habla el joven rico? Nos contesta Jesús cuando, dirigiéndose a sus discípulos, afirma: «volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría» (Jn 16,22). Son palabras que indican una propuesta rebosante de felicidad sin fin, del gozo de ser colmados por el amor divino para siempre.

Plantearse el futuro definitivo que nos espera a cada uno de nosotros da sentido pleno a la existencia, porque orienta el proyecto de vida hacia horizontes no limitados y pasajeros, sino amplios y profundos, que llevan a amar el mundo, que tanto ha amado Dios, a dedicarse a su desarrollo, pero siempre con la libertad y el gozo que nacen de la fe y de la esperanza. Son horizontes que ayudan a no absolutizar la realidad terrena, sintiendo que Dios nos prepara un horizonte más grande, y a repetir con san Agustín: «Deseamos juntos la patria celeste, suspiramos por la patria celeste, sintámonos peregrinos aquí abajo» (Comentario al Evangelio de San Juan, Homilía 35, 9). Teniendo fija la mirada en la vida eterna, el beato Pier Giorgio Frassati, que falleció en 1925 a la edad de 24 años, decía: «¡Quiero vivir y no ir tirando!» y sobre la foto de una subida a la montaña, enviada a un amigo, escribía: «Hacia lo alto», aludiendo a la perfección cristiana, pero también a la vida eterna.

Queridos jóvenes, os invito a no olvidar esta perspectiva en vuestro proyecto de vida: estamos llamados a la eternidad. Dios nos ha creado para estar con Él, para siempre. Esto os ayudará a dar un sentido pleno a vuestras opciones y a dar calidad a vuestra existencia.

Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XXV Jornada Mundial de la Juventud - 28 De Marzo De 2010

5 BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ENCONTRARÁN MISERICORDIA

La palabra “Misericordia” y el mensaje que se le vincula son absolutamente centrales en el Nuevo Testamento. Ella delinea, en forma decisiva, el rostro de Dios y el rostro del cristiano. Recordando que el evangelista san Lucas es el juglar de la Misericordia, queremos recordar algunas palabras de Jesús, presentes en el interior del texto de san Mateo en el que nos movemos: Dios quiere misericordia y no sacrificios (9, 13 y 12, 7); el corazón de la ley es “la justicia, la misericordia, la fidelidad” (23, 23); en la oración del Padre Nuestro pedimos la Misericordia de Dios y nos comprometemos a utilizarla con los hermanos, “perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (6, 12.14-15); en el mismo tema retorna la parábola del siervo despiadado (18, 23-35); y el juicio final se llevará a cabo con el tema de la Misericordia hacia los pobres (25, 34-40), en quienes está presente Jesús.

¿Pero qué es la “Misericordia”?

¿Qué significa ser misericordiosos, según esta bienaventuranza?

La Misericordia de la que habla el Evangelio no es ni humanitarismo ni filantropía, ni siquiera la emoción intensa y momentánea que a veces experimentamos, ya que ésta es pietismo, no Misericordia.

Antes que ser un modo de obrar, de comportarse, la Misericordia es el modo de ser de Dios.

El término, en lengua hebrea, remite a las “vísceras”, al “útero”, al seno materno del cual se genera la vida: rahamim! Ahora ella remite a la vida misma de Dios, a su profundidad, a ese número primero que es Él.

Su revelación, Su presencia en medio de nosotros, es un acontecimiento de Misericordia: se llama Jesús. En Él reconocemos y silabeamos el “corazón” de Dios, el cual es un corazón de Padre; lo descubrimos, con asombro y conmoción, como “corazón” de Misericordia.

Tanto que la misma palabra “Misericordia” junta dos términos: “miserum” y “cor”.

La Misericordia es el amor de Dios que se vuelve hacia quien está lejos, hacia quien no tiene título ni mérito para ser amado, a quien no ha encontrado

jamás el amor, es decir, ¡a cada uno de nosotros! La “Misericordia” es la pura gratuidad del amor, su no motivación, el hecho que el amor tiene su razón de ser en sí mismo y no tiene un ulterior porque.

Pero “Miserum cor” quiere decir también que el corazón de Dios está herido, está habitado por el sufrimiento, sufre y padece por cada persona, ¡también por mí!

Aquí, la quinta bienaventuranza nos pide entrar en este “miserum cor”, en este modo de ser de Dios, y de dejarlo reverberar en nosotros. En su relación con los otros, el discípulo vuelve a proponer esa Misericordia, ese corazón de Dios que ha encontrado y vivenciado en la persona de Jesús. En este caso la Misericordia se torna pensamiento, se convierte en manos y pies, se convierte en historia y se escribe con la letra minúscula de nuestras acciones cotidianas y de nuestros días laborables.

Significa concretamente en primer lugar amar, amar y servir a quien no merece ser amado, a quien no te amará jamás, a quien no tiene título para serlo, ni siquiera el de despertar sentimientos de piedad. O mejor, tiene uno: el de tener necesidad. Esto es tanto más evidente cuanto es más negada, escondida o quizás ni siquiera es advertida.

Este ser misericordiosos, también para el discípulo, más y antes que un modo de obrar es un modo de ser que florece en relaciones, obras, estilos, pero se arraiga en la profundidad de las personas, en ese “corazón nuevo” que el Espíritu nos da, sostiene y alimenta a lo largo del camino.

Es necesario agregar que esta Misericordia no puede y no debe ser un infantilizar a las personas, un incluirlas, englobarlas, un impulsarlas a la victimización o a la enajenación de las propias responsabilidades y potencialidades. Al contrario, la Misericordia cuida la libertad, reclama responsabilidad, da la verdad, no lleva en brazos sino que sostiene el paso de quien es débil. En este sentido, es también una inversión en los recursos y en las capacidades de las personas. No sustituye, sino que exige y acompaña.

La bienaventuranza concluye afirmando “porque encontrarán misericordia”, es decir, Dios será misericordioso con ellos. Dios usará con nosotros esa misericordia que hemos usado con los otros. Es como si el Señor pusiera en

nuestras manos la medida del perdón y del amor que deberá usar con nosotros.

Es como si dijera: ¿cuánto debo perdonarte yo? ¿Cuán misericordioso debo ser contigo? Establece tú la medida a través de cuánto te perdonaré y cuán misericordioso serás con los otros. El Señor nos juzgará un día, pero la sentencia la escribimos nosotros mismos, hoy, en la medida que sepamos tener un “miserum cor” los unos con los otros, sobre todo con los pobres. Él llevará a su plenitud y consumación esas pequeñas medidas de amor que nosotros logremos dirigir en nuestra jornada.



con el Beato Pier Giorgio

Pier Giorgio Frassati, ..joven como vosotros, vivió con gran empeño su formación cristiana y dio su testimonio de fe, sencillo y eficaz. Un muchacho fascinado por la belleza del Evangelio de las Bienaventuranzas, que experimentó toda la alegría de ser amigo de Cristo, de seguirlo, de sentirse de modo vivo parte de la Iglesia. Queridos jóvenes, tened el valor de elegir lo que es esencial en la vida. «Vivir y no ir tirando», repetía el beato Pier Giorgio Frassati. Como él, descubrid que vale la pena comprometerse por Dios y con Dios, responder a su llamada en las opciones fundamentales y en las cotidianas, incluso cuando cuesta.

El itinerario espiritual del beato Pier Giorgio Frassati recuerda que el camino de los discípulos de Cristo requiere el valor de salir de sí mismos, para seguir la senda del Evangelio. Este camino exigente del espíritu lo vivís en las parroquias y en las demás realidades eclesiales; lo vivís también en la peregrinación de las Jornadas mundiales de la juventud, cita siempre esperada.

Encuentro con los jóvenes a Turín
Benedicto XVI - 2 de mayo de 2010

6 BIENAVENTURADOS LOS PUROS DE CORAZÓN, PORQUE VERÁN A DIOS

Hay dos palabras que debemos comprender a fondo para no perder o no estropear la belleza de esta bienaventuranza: “corazón” y “puro”.

En la acepción bíblica, el corazón es como el manantial de la persona: es esa profundidad, esa raíz de la cual germina el pensamiento, el sentimiento, la voluntad, la acción; de ella surgen las relaciones –con Dios y con los otros. El corazón es el punto de síntesis, de unidad, del vivir: es la fuente, antes que la vida se canalice en las distintas ramificaciones y caminos.

Puro, en la Biblia, es lo que pertenece a la esfera de Dios, lo que es conforme a Él, lo que se le asemeja, lo que lo refleja. La pureza permite a la persona estar delante de Dios, de acogerlo, de vivir de la Alianza, la reciprocidad.

Muy pronto la revelación bíblica recuerda los dos términos e indica al corazón como lugar y ámbito de la pureza (Cf. Sal 15; 24; 73; Is 33, 14-16; Jer 24, 7; Ez 18, 5-9; etc.).

El evangelista san Mateo retoma el tema en dos pasajes: en 15, 1-20, en el que Jesús dice que la pureza de la persona no depende de la materialidad de lo que toca o de lo que come, sino del corazón, de las intenciones, del centro de gravitación de la vida. El segundo texto es 23, 21-39, en la polémica contra los fariseos, donde surge que la verdadera pureza, para Jesús, es la interior, la de la lealtad, la de la verdad amada y vivida, la de la transparencia: precisamente la pureza del corazón.

Es por eso que no se ha de entender al puro de corazón (como se ha insistido desde el siglo XIX en adelante) con referencia dominante a la castidad o al recto uso de la sexualidad, sino en un sentido global más global y profundo, a la integridad de la persona, a las intenciones que la determinan, a su presentarse en verdad y en forma responsable delante del Señor y de los hermanos.

Lo opuesto del “puro de corazón” no es solamente lo que es vencido por los impulsos o por los instintos sexuales no dominados y purificados por la lógica exigente del amor. Lo opuesto es el hipócrita, el que tiene dos caras, que ama más parecer que ser, el que da más importancia a la piel que al corazón. El

hipócrita se ocupa más de sí como personaje que como persona: la persona es un rostro, el personaje una máscara; la persona es una identidad, por eso es verdad, es transparencia, es corazón que se revela; el personaje es una apariencia, por eso es vitrina, mistificación, sustracción y opacidad del corazón.

Esa hipocresía se torna directamente dramática cuando se hace presente en la vida de un cristiano, porque reduce el centro del mensaje evangélico –el corazón- a cáscara, a yeso que cubre y defiende una vida idólatra. Encaminándose hacia el martirio, el gran obispo san Ignacio de Antioquía escribió a las comunidades cristianas, diciendo que “¡es mejor ser cristianos sin decirlo que decirlo sin serlo”.

En consecuencia, el corazón puro es el “corazón nuevo” anunciado por los profetas, es decir, la raíz de la persona, el centro de la vida renovado por el don y por la fuerza del Espíritu.

Los “puros de corazón” que Jesús declara “bienaventurados” son los simples, los pequeños, los niños según el Evangelio: “si no se hacen como niños no entrarán en el reino de los cielos”. Los puros de corazón son los discípulos en su deseo y en su compromiso de seguir a Jesús.

“Porque verán a Dios”. La conclusión de la bienaventuranza se realiza en dos direcciones. La pureza, como tersura del corazón, permite ver “más allá” del corazón mismo, y lo “otro” del corazón es Dios. ¡Una persona de corazón puro es una ventana abierta a Dios! A través de su persona, sus palabras, sus obras vislumbran el rostro del Señor, Su proximidad a tu vida. Es lo que percibe la gente, a veces también sólo de manera bosquejada e intuitiva, cuando encuentra a un santo, tenga o no aureola. ¡El corazón puro es un corazón transparente, al igual que el vidrio pulido de una ventana, a través del cual puedes ver más allá de tu habitación, ves el afuera, ves el cielo!

Pero “ver a Dios” es también el muelle de la vida, la meta del recorrido cristiano (cf. 1Cor 13, 10ss; 1Jn 3, 2s; Ap 22, 4ss): es la plenitud de la comunión, la nupcialidad del encuentro.

Cuando el autor del Apocalipsis quiere describir la Jerusalén del cielo, la ciudad hacia la cual –con cansancio y valentía- buscamos caminar cada día, dice que ella es “semejante al cristal” (21, 18): es una ciudad transparente,

llena de pureza y luminosa; es la ciudad en la que se tiene el desvelamiento, la evidencia de Dios y el don de una fraterna y cálida reciprocidad, sin sustracciones y sin opacidades. Hacia esta “ciudad de cristal” buscamos hacer avanzar también hoy nuestro camino, permitiendo que el Espíritu del Señor nos purifique el “corazón”.



con el Beato Pier Giorgio

Pero, ¿qué significa “bienaventurados” (en griego makarioi)? Bienaventurados quiere decir felices. Decidme: ¿Buscáis de verdad la felicidad? En una época en que tantas apariencias de felicidad nos atraen, corremos el riesgo de contentarnos con poco, de tener una idea de la vida “en pequeño”. ¡Aspirad, en cambio, a cosas grandes! ¡Ensanchad vuestros corazones! Como decía el beato Piergiorgio Frassati: «Vivir sin una fe, sin un patrimonio que defender, y sin sostener, en una lucha continua, la verdad, no es vivir, sino ir tirando. Jamás debemos ir tirando, sino vivir» (Carta a I. Bonini, 27 de febrero de 1925). En el día de la beatificación de Piergiorgio Frassati, el 20 de mayo de 1990, Juan Pablo II lo llamó «hombre de las Bienaventuranzas» (Homilía en la S. Misa: AAS82 [1990], 1518).

Si de verdad dejáis emerger las aspiraciones más profundas de vuestro corazón, os daréis cuenta de que en vosotros hay un deseo inextinguible de felicidad, y esto os permitirá desenmascarar y rechazar tantas ofertas “a bajo precio” que encontraréis a vuestro alrededor.

Mensaje del Santo Padre Francisco para la
XXIX Jornada Mundial de la Juventud 2014

7

BIENAVENTURADOS LOS QUE OBRAN LA PAZ, PORQUE SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS

No son ni los “pacíficos” ni los “pacifistas” ni los “pacificadores”: los “que obran la paz” de los que habla la bienaventuranza son una originalidad, una singularidad del Evangelio. Pueden compartir largos tramos de camino con otros, pero vienen de más lejos y van más allá.

Para la Biblia, la paz no es una categoría simple, con un color único, sino que es una policromía, una sinfonía. Paz es tener relaciones buenas con Dios, con los otros, consigo mismo, con el mundo; paz es bendición y salvación. ¡Paz es felicidad, el florecimiento de lo humano! Ella tiene también una dimensión social: es justicia, es libertad, es dignidad, es defensa de los débiles, es acogimiento de los extranjeros, es reconciliación con los enemigos. La paz bíblica es un “mundo”, se extiende como un horizonte, es tan grande y bella que sólo Dios puede darla.

Y Dios da “Shalom” a través de su Mesías (cf. Sal 72; Is 11, 19; 91, 11), a través de Jesús. ¡Él es la paz (Ef 2, 14)! Él da “Su” paz, muy distinta respecto a la paz del mundo (Jn 14, 27).

Si queremos entender de qué “paz” habla Jesús, debemos aprenderla de Él, debemos recibirla de Él.

San Pablo escribe a los cristianos de Éfeso diciéndoles que Jesús ha realizado la paz, “por medio de la cruz, destruyendo en sí mismo la enemistad” (2, 16). En consecuencia, la paz es fruto de la cruz: ¡no de una cruz cualquiera, sino de “su” Cruz, de la cruz de Dios! No es la muerte de un inocente más que ha cambiado la historia, no es una víctima que “derriba el muro de separación” y genera “al hombre nuevo” (2, 14s). Es la muerte de Dios en la humanidad del Hijo, es una muerte que reúne y abraza a todos los muertos: la fuente del pecado y luego los torrentes amargos de las divisiones, de las opresiones, de las indiferencias, de los odios raciales, religiosos y de clase. Toda la amplia y desolada geografía de la muerte -en sus formas epocales y en sus minucias cotidianas- se ha depositado en la muerte de Jesús y ha sido vencida en su resurrección. Por eso el don nuevo, fuerte, sereno de la Pascua es “¡la paz esté con ustedes!” (Jn 20, 19-26).

En la época de Jesús tenía vigencia la “pax romana”, a la que el emperador Augusto le había dedicado un altar (ara pacis augustae), pero esa paz era fruto del “imperium”, del poder, del dominio militar de Roma. Era una paz de prevalencia, de opresión.

La paz cristiana es el fruto de la Cruz, ¡es precisamente la antítesis! Por eso sólo los renacidos a una vida nueva, los “hombres nuevos” que han resucitado con Cristo son capaces de esa “paz”, son constructores de su originalidad y de su plena dimensión. Esto no quita, sino que pide y refuerza el compartir con numerosos compañeros de viaje, hombres y mujeres “de buena voluntad”, como nosotros peregrinos de la paz.

El término que Jesús utiliza -“los que obran la paz”- nos exige no ir por la tangente de las teorías, de los pensamientos, de las teologías abstractas, más bien nos llama a poner las manos en la masa, a hundir las manos dentro de la masa de la historia, grande o pequeña, secular o cotidiana, para seguir y reanudar continuamente el hilo rojo de la paz. Con gran realismo, con tenacidad, con inteligencia, confiando en que el Señor abre la senda para nosotros y para las personas con las que compartimos el camino.

Pero una paz que nace de la Cruz nos hace fuertemente conscientes que ella es germinación del Amor, fructificación de la Caridad, y por eso tiene que pagar un precio por la senda de la fatiga, del dolor, en la senda de Jesús. El camino para la paz no es una alfombra de rosas. Luchar contra el odio, contra la división y contra la indiferencia es luchar contra el Mal. Decía Martin Luther King que “por su naturaleza, el mal es feroz y rebelde, jamás deja voluntariamente la presa sin oponer antes una resistencia casi fanática. Es necesario confrontarlo tenazmente, luchando contra él todos los días, sin tregua, con el golpe de ariete de la Justicia”. La última bienaventuranza nos conducirá por esta senda.

“Por eso serán llamados hijos de Dios”: así concluye Jesús esta séptima bienaventuranza.

La expresión “ser llamados” es un hebraísmo que significa “llegar a ser, ser, ser reconocidos”.

Precisamente por eso el “shalom” bíblico es un “mundo” de bien que desciende del Padre y germina en el corazón de las personas y en los surcos

de la historia humana a través de la lógica de la Cruz. Podemos decir que los “constructores de la paz”, con su vida, con la humilde y valiente tenacidad de sus acciones y de sus decisiones pagadas personalmente, hacen presente el rostro de Dios aquí abajo. Así es como se ha revelado en la cruz de Jesús: un rostro de misericordia para los lejanos, los pecadores, un rostro de lucha contra el mal que socava y devasta, un rostro de ternura para los pobres y los pequeños.

El verbo en tiempo futuro nos dice que los “que obran la paz” son los que intuyen y comprenden el recorrido del tiempo hasta su último aterrizaje: son los profetas del futuro, los juglares de la esperanza. La tradición judía decía que “el que obra la paz es hijo del mundo que vendrá” (Sifrà num. 6, 26).

Aquí, los constructores de la paz ayudan a la tierra a no extraviar la memoria del cielo.



con el Beato Pier Giorgio

Me viene a la mente el ejemplo del beato Pier Giorgio Frassati. Él decía: «Jesús me visita cada mañana en la Comunión, y yo la restituyo del mísero modo que puedo, visitando a los pobres».

Pier Giorgio era un joven que había entendido lo que quiere decir tener un corazón misericordioso, sensible a los más necesitados. A ellos les daba mucho más que cosas materiales; se daba a sí mismo, empleaba tiempo, palabras, capacidad de escucha. Servía siempre a los pobres con gran discreción, sin ostentación. Vivía realmente el Evangelio que dice: «Cuando tú des limosna, que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto» (Mt 6,3-4).

Piensen que un día antes de su muerte, estando gravemente enfermo, daba disposiciones de cómo ayudar a sus amigos necesitados. En su funeral, los familiares y amigos se quedaron atónitos por la presencia de tantos pobres, para ellos desconocidos, que habían sido visitados y ayudados por el joven Pier Giorgio

Mensaje del Santo Padre Francisco
para la XXIX Jornada Mundial de la Juventud 2016



BIENAVENTURADOS LOS PERSEGUIDOS POR LA JUSTICIA, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Bienaventurados ustedes cuando los insulten, los persigan y, mintiendo, dirán toda clase de mal contra ustedes por mi causa. Alégrese y regocíjense, porque su recompensa es grande en los cielos. Así en efecto han perseguido a los profetas antes de ustedes.

Comentamos juntas la octava y la novena bienaventuranzas, porque ellas están pensadas como una formulación única, de la que habla la parte final (“bienaventurados ustedes cuando los insulten...”) especifica y comenta la parte inicial (“bienaventurados los perseguidos...”).

¿Qué es la “justicia” a causa de la cual se los persigue? No debemos superponer demasiado a la ligera a su valor bíblico ciertos significados “laicos” de términos hoy en uso: una idéntica palabra, como “justicia”, no tiene exactamente el mismo contenido en el mundo bíblico de hace 2000 años y en el nuestro, hoy. Ciertamente los dos significados pueden ser contiguos, sucesivos, pero no precisamente superponibles.

La “justicia” de la que habla san Mateo es el acogimiento, en su propia vida, de la voluntad de Dios, del proyecto de Dios, es decir, de la persona de Jesús y de su Evangelio. En efecto, poco después Jesús hablará de los “perseguidos por mi causa” (5, 11).

Los “perseguidos por la justicia”, entonces, son los que sufren a causa del Reino, por su fidelidad a la palabra de Jesús, por haberse comprometido con Él y haberse jugado la propia vida, y que a toda costa permanecen fieles a Él.

La serie de verbos, muy precisos, con los que el evangelista Mateo especifica las persecuciones (“insultar, mentir, maldecir” en el v. 11) sugiere que él está describiendo la experiencia de su Iglesia, de la comunidad cristiana para la que escribe el Evangelio. Ese preciso “ustedes” de la bienaventuranza (“bienaventurados ustedes...”), acercado a la indeterminación de los sujetos que agreden y persiguen (“los insultarán, los perseguirán...”) indica que la adhesión de fe a la persona de Jesús, ha creado un contraste entre la

pequeña comunidad cristiana y el amplio contexto humano, la cultura, la opinión pública, en la que aquélla se encuentra viviendo.

Sobre el tema de la persecución, el evangelista vuelve a él más frecuentemente que los otros (5, 44; 10, 23; 13, 31; 23, 24).

Es un modo de acercar la palabra y la vida de Jesús a lo que la comunidad cristiana está experimentando: es la fuerza y la confianza que viene del Señor, pero es también un código, un alfabeto con el que interpretar las dificultades, las fatigas, el sufrimiento que se encuentran a causa de la fidelidad al Evangelio. Es como si san Mateo dijera a la Iglesia: la persecución, la dificultad no es un castigo, una casualidad, un destino demente, por el contrario, es el sello de garantía de tu autenticidad, de tu pertenencia al Señor, de haber puesto tu vida bajo la lógica de su Cruz y de la Resurrección. Tal sufrimiento no es victimización, no es desprecio de la vida, es una fecundidad misteriosa pero real, es una semilla que germinará la espiga del futuro.

Se entiende entonces cómo bajo y dentro de este significado de la expresión “perseguidos a causa de la justicia” se deben poner muchas páginas escritas con sangre en nuestro tiempo. Pienso en los hermanos cristianos masacrados, quemados o crucificados a causa de su fe. Pienso en los sufrimientos de millones de prófugos en fuga, entregados a todas incomodidades y precariedades, para salvar la vida de sus hijos y la propia. Y pienso en nuestros silencios, en nuestras estupideces, en las indiferencias superficiales.

Pero pienso también en todos los que están afectados en sus derechos más elementales, explotados, descartados tanto por los egoísmos de personas y pueblos, como también por injusticias estructurales de nuestros sistemas, comenzando por el económico.

La bienaventuranza se amplía para acoger a todos los que se esfuerzan y luchan para que crezca la dignidad de las personas: en las relaciones cotidianas, en las pequeñas geografías de nuestras jornadas, al igual que en los giros trascendentales de la historia.

Todo esto es auténticamente “justicia”, según el gran aliento bíblico, porque es hacer realidad la voluntad, el proyecto de Dios en el hombre y en la vida.

La última bienaventuranza nos dice que las lágrimas de los perseguidos y el cansancio del que, con tenacidad, quiere humanizar el mundo y el corazón de la gente no se desperdician, no son sólo tierra árida y pedregosa, sino que por el contrario son un cofre que ya lleva y custodia en sí el don del Reino. De este modo, la última bienaventuranza nos devuelve a la senda, nos vuelve a poner en camino, sobre los pasos de la valentía y de la esperanza.



con el Beato Pier Giorgio

Jesús nos enseña, en cambio, a recorrer el camino contrario: «el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará» (Lc 9, 24).

Eso significa que no debemos esperar circunstancias externas favorables para arriesgarnos, sino que, al contrario, sólo comprometiendo la vida — conscientes de perderla— podemos crear para los demás y para nosotros las condiciones de una confianza nueva para el futuro. Y aquí el pensamiento se dirige espontáneamente a un joven que entregó verdaderamente así su vida, tanto que llegó a ser modelo de confianza y audacia evangélica para las jóvenes generaciones de Italia y el mundo: el beato Pier Giorgio Frassati. Uno de sus lemas era: «Vivir, no ir tirando». Este es el camino para experimentar en plenitud la fuerza y la alegría del Evangelio. Así, no sólo reencontraréis la confianza en el futuro, sino que seréis capaces de generar esperanza entre vuestros amigos y en los ambientes en los que vivís.

Papa Francisco a Turín - Encuentro con los jóvenes –
21 de junio de 2015

PIER GIORGIO FRASSATI

Turín 6 de abril 1901 – 4 de julio 1925

Beato 20 de mayo 1990

Memoria litúrgica: 4 de julio

Nació en una familia burguesa. Pier Giorgio vivió una juventud tranquila. Se inscribió en el Politécnico de Turín.

Luego de un viaje a Alemania, en el Ruhr, soñó con dedicarse a los obreros de las minas. Para él, la profesión es un servicio al prójimo. Dedicó mucho tiempo a iniciativas sociales y caritativas, trabajó muy activamente en la sociedad San Vicente de Paul, al servicio de los pobres. En 1919 se inscribió en la FUCI. Adhirió a la Sociedad de la Juventud Católica.

En 1920 adhirió al Partido Popular. Vivió la dimensión de la amistad y fundó la Compagnia dei Tipi Loschi para "servir a Dios con perfecta felicidad". El vínculo verdadero es la fe y la oración.

Murió a causa de una poliomielitis fulminante.

Juan Pablo II lo conoció desde Cracovia, donde lo definió como "el joven de las ocho bienaventuranzas".

FORO INTERNACIONAL ACCIÓN CATÓLICA
Via della Conciliazione, 1
00193 – ROMA
www.catholicactionforum.org

email: info@catholicactionforum.org
www.facebook.com/catholicactionforum
twitter [@infosf2015](https://twitter.com/infosf2015)